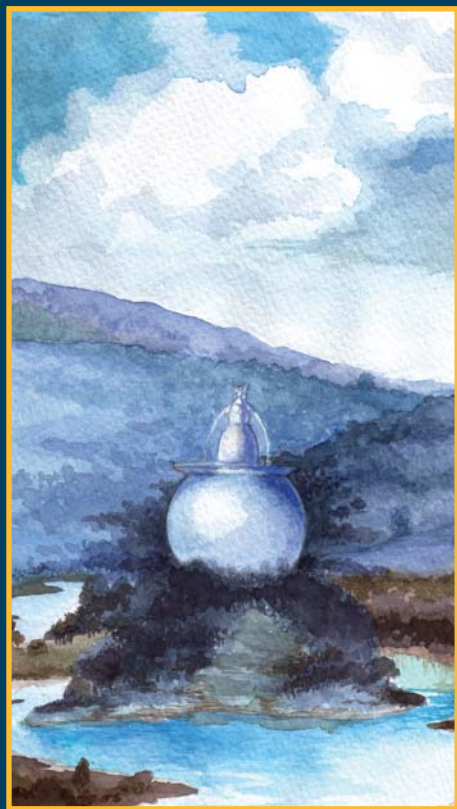


Pedro Amorós



El recodo del río

Ilustraciones: Consuelo Pastor Rodríguez-Cobacho



Ediciones
Irreverentes

Novísima Biblioteca

PEDRO AMORÓS

EL RECODO DEL RÍO

Ilustraciones: Consuelo Pastor Rodríguez-Cobacho

Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento y el almacenamiento o transmisión de la totalidad o parte de su contenido por cualquier método, salvo permiso expreso del editor.

© Pedro Amorós

Ilustraciones © Consuelo Pastor Rodríguez-Cobacho

De la edición: © Ediciones Irreverentes

diciembre de 2009

Ediciones Irreverentes S.L

<http://www.edicionesirreverentes.com>

editor@edicionesirreverentes.com

ISBN: 978-84-96959-47-7

Depósito legal:

Diseño de la colección: Dos Dimensiones S.L.

Composición y cubiertas: Absurda Fábula

Imprime Publidisa

Impreso en España.

All'alta fantasia qui mancò possa;
ma già volgeva il mio disio e 'l velle,
sí come rota ch'igualmente è mossa,
l'amor che move il sole e l'altre stelle.

(Dante Alighieri, *Commedia*)

PRIMERA PARTE: JULIO



El fulgor dorado se apaga y se funde en un instante de negrura que lo abarca todo. El atardecer llega a su fin. Un hombre sentado frente a una ventana recuerda si en algún momento de su vida alcanzó la felicidad –y advierte que, efectivamente, *la búsqueda* concluyó hace mucho tiempo–, recuerda el instante de la renuncia –cuando se sabe que el único camino posible es la resignación–, recuerda la pérdida de la visión –la última luz cegadora, el color azulado intenso de la paleta de un cuadro de Patinir–, recuerda que antes de la ceguera todavía alimentaba ilusiones y esperanzas –fundadas en algo tan ilusorio como la quimera del amor o el espíritu de trabajo–, recuerda que entonces fijaba su mirada en los detalles más nimios –la luz articulando reflejos dorados sobre los objetos–, recuerda a su padre –fallecido en tristes circunstancias en Toledo, víctima de la tuberculosis y de su obsesión por contar una historia– y a su madre –que le enseñó a vivir en paz–, recuerda la época en que el apartamento en el que ahora vive era el centro de trabajo –es un decir– de una editorial denominada Notorius, recuerda también el día en que ya no pudo sostener el negocio –si es que se puede emplear esa palabra para un oficio con el que apenas podía subsistir y no obtenía beneficios–, ese fatídico día en que con lágrimas en los ojos –quizá fueron sus últimas lágrimas porque estaba a punto de quedarse ciego– se vio obligado a despedir a sus tres empleados a los que tanto estimaba, recuerda que se ha quedado ciego progresivamente debido al maldito azúcar –como si no tuviera bastante con su enfermedad del corazón y con ciertos problemas en los bronquios–, recuerda –con una sonrisa amarga– que durante varios

años padeció neurastenia crónica —olvidando por completo su pasado hasta el punto de transformar su propio nombre, inventándose una nueva identidad—, recuerda a aquel viejo doctor de mirada penetrante y ojos pequeños que le escuchaba —aunque, a decir verdad, en ocasiones improvisaba historias— todos los días en un pequeño piso de la Gran Vía, recuerda que en alguna ocasión se dedicó a la escritura y que —curiosidades de la vida, en donde ciertos acontecimientos se manifiestan como presentimientos— decidió quemar un pequeño ensayo que había titulado *Pensamientos. Reflexiones de un hombre sentado frente a una ventana*; y recuerda finalmente que jamás ha conocido el amor. Recuerda, sí, recuerda porque el presente no existe, es tan sólo una sucesión monótona de días, repetidos hasta la saciedad, sin matices, y piensa que, sentado frente a una ventana, puede tener acceso a un nuevo mundo. Sí, todas las tardes, puntualmente, mecánicamente, sentado frente a una ventana en el piso que ocupa en el número 11 de la calle Montijo, en una oscura y estrecha calle del centro de Murcia, Luis Cerezo recuerda el pasado mientras la luz crepuscular se difumina acompañando y reforzando su soledad.

Entretanto, la situación de los miles de emigrantes ilegales de Zimbabwe que cada semana se encaminan hacia Sudáfrica es deplorable. En el periódico se lee que en Zimbabwe las industrias funcionan al 30 %, el paro supera el 80 % y las malas cosechas van a obligar a más de cuatro millones de personas a depender de la ayuda exterior. En Sudáfrica las cosas no andan mejor. El gobierno tiene problemas hasta para proporcionar alojamiento y cuidados médicos a sus pobres. Millones de ellos viven en poblados de chabolas. Es jueves, 5 de julio de 2007.

Suena el despertador a las ocho de la mañana, como cada día, como todos los días desde hace varios años. Luis Cerezo escucha la radio durante unos minutos antes de incorporarse levemente en la cama. Es un sonido que suena extraño, como lejano. En realidad, no siente ningún interés por el gorjeo de los comentaristas. Apoyado sobre el respaldo de la cama intenta tener una visión de la habitación. Es como entonar un cántico antes de ponerse en funcionamiento y sirve para regular los movimientos tan bien aprendidos con el paso del tiempo. Se sienta en la cama, se pone las zapatillas y con lentitud majestuosa se encamina al cuarto de baño. Anda tres pasos en línea recta y luego gira hacia la izquierda formando una suerte de perfecto ángulo recto hasta que encuentra el pomo de la puerta. En el interior del cuarto de baño no tiene ningún tipo de problema: se ducha con toda naturalidad y luego se afeita con minuciosidad, hasta dejar el rostro completamente rasurado. No hay cortes, ni rastro de sangre. Esto es algo que le gusta contar a la gente con la que se encuentra en la calle. Cuando alguien le pregunta si requiere de alguna ayuda para el afeitado, él se enorgullece en contar la habilidad que ha llegado a atesorar con los años en el manejo de la navaja de afeitar, pero asusta pensar que, en sus circunstancias, sigue utilizando el viejo método que nunca ha decidido abandonar, ni siquiera con la pérdida de la visión. Es, en cierta medida, un eslabón con el pasado, uno de los pocos elementos que le unen a su vida anterior, aquélla que tenía como editor. Por eso, cada mañana, antes de afeitarse, pasa su mano con delicadeza, como si tratase de una mujer, por el filo de la navaja, imaginando y sonriendo, al mis-

mo tiempo, al pensar en la imagen que forman su mano, que actúa por sí sola, y la navaja. Es entonces, y sólo entonces, cuando generalmente —ocurre casi todos los días a la misma hora— escucha un leve ruido en la puerta —gracias a que en los últimos años su capacidad para agudizar el oído se ha desarrollado notablemente— e imagina que Lucía, la anciana que se encarga de la casa desde que se quedó ciego, entra en el piso que ocupa en el número 11 de la calle Montijo. Luego sabe que va a escuchar su voz potente, poderosa y un poco ronca, expandiéndose por todas las habitaciones al pronunciar, con un tono alegre y vivaz, las palabras mágicas que abren la jornada: «Buenos días, Luis». Ella pronuncia esas palabras aun sabiendo que no va a recibir respuesta, porque Luis, de un tiempo a esta parte (en verdad hace bastante tiempo) se ha transformado de forma definitiva en un hombre sin palabras. No lee, no escribe (no ha querido en ningún caso aprender el lenguaje que le habría permitido prolongar estos hábitos a pesar de su ceguera), apenas escucha la radio, casi nunca la televisión, y trata de evitar en la medida de lo posible cualquier contacto con el resto de los mortales. No recibe visitas, no tiene familia ni amigos. Sus paseos por la ciudad se vuelven más espaciados. Está instalado en la nada. Lucía, pues, está asustada, porque piensa que se está incubando en la mente del ciego un camino de autodestrucción. Quizá por esa razón, ella entra en el piso esbozando su mejor sonrisa —aunque sepa que es un acto sin continuidad, que va a pasar desapercibido— porque en su fuero interno necesita cobrar fuerzas para trasladárselas a alguien necesitado de afecto.

Hacia las nueve de la mañana, Luis Cerezo entra en el amplio salón, que antaño fuera el principal espacio y sede de la Editorial Notorius, porque sabe que tiene preparado el desayuno, y que el café y las galletas reposan sobre la única mesa —de trazo rectangular, repujada en madera— que ocupa la sala. Lucía pronuncia a partir de ese momento un torrente de palabras inarticuladas, o al menos así las concibe Luis en su distraída mente, porque el ciego piensa, mientras moja las galle-

tas en el café, en el mobiliario que antes ocupaba el salón, y se imagina, aunque sólo sea por un instante, que nada ha cambiado y es capaz de percibir, sí, es capaz de sentir, el olor de la máquina, pero las sensaciones que le recuerdan el florido pasado son como una ráfaga fugaz y, de repente, vuelven a retumbar en el espacio las inarticuladas palabras de su amiga. Lucía habla de su casa, de su familia, de sus amigos, de todos esos elementos que adornan nuestra existencia, como si pudiese transmitir, contagiar, a través del fluir de sus palabras, una cierta y verdadera sensación de vida. Pero la estratagema diaria que emplea Lucía no logra engañar a Luis Cerezo, que permanece absorto en su mundo, concentrado de forma mecánica en el café y las galletas. Sin embargo, el ciego conserva intacto su sentido del humor, su ironía, y esto resulta un alivio para la pobre mujer, porque piensa –vaya uno a saber la razón por la que esta idea deambula en una mente tan sencilla como la de Lucía– que mientras Luis pueda esbozar una sonrisa no existe ningún inminente peligro, aunque ella misma se echa las manos a la cabeza al comprobar que las palabras «inminente peligro» han pasado por su cerebro. Mientras limpia la mesa donde Luis ha tomado el desayuno, Lucía observa las arrugas que surcan el rostro cansado pero hermoso del ciego. La madurez ha dotado de personalidad a su físico. Esta idea, pensada en estos términos, sorprende a la anciana que no deja de mirar atentamente a Luis mientras otra idea enlaza con la anterior y le sugiere la posibilidad de que él, desde algún lugar remoto de su imaginación, también la observe a ella, formando la imagen de una mujer de unos setenta años, algo rechoncha, posiblemente de baja estatura y con unas facciones graves. Antes de que el ciego se levante de la mesa y salga a la calle sin la necesidad de ninguna ayuda, la anciana recuerda que Luis nunca se ha casado y que posiblemente pasará el resto de sus días en soledad. Pero Lucía recuerda *eso* sólo durante un instante, porque si su cerebro se concentrara en esa imagen más tiempo del necesario seguramente acabaría echando unas lágrimas

y sus sollozos llegarían a los finísimos oídos de Luis. Al salir del piso, el ciego pronuncia un cada día más apagado «adiós, vuelvo a la hora de comer». La puerta se cierra. La anciana asistente de Luis se centra en las tareas cotidianas de la casa, pero en realidad por su cabeza sigue pululando la imagen de su amigo y piensa que quizá haya una futura esperanza, que quizá Luis encuentre una mujer entre la multitud, y sobre esta idea, utópica pero deseable, versa todo el discurso –interior– matutino de Lucía.

Luis Cerezo camina engalanado con su vestido de todos los días: una camisa de manga corta de color azul claro que hace juego con unos pantalones de tergal, desteñidos y antiguos. El conjunto se completa con unas gafas negras que ocultan unos ojos del mismo color y un bastón que le ayuda a sostener las penurias de su cuerpo. El recorrido matutino de Luis es corto, pero cada día las cosas se complican más. El creciente trasiego de vehículos dificulta la circulación a los ciegos. A decir verdad, efectivamente, cada día las cosas se complican más. El camino que desde la calle Montijo hasta el arco de San Juan –atravesando las calles Alejandro Seiquer, Isidoro de la Cierva y Pintor Villacis– recorre el ciego para llegar a su lugar de trabajo se asemeja a una carrera de obstáculos en la que ha de sortear a los niños despistados, al estúpido de turno y a los vehículos mal aparcados en la acera. A menudo, tras la comida de mediodía, cuando está sentado en el sofá de su apartamento –frente al televisor apagado, mientras escucha la voz de Lucía leyendo en voz alta el periódico–, Luis recuerda los tropiezos matutinos con los coches e imagina, con alegría, aunque sólo sea un instante, que una gran pira funeraria se ha formado con los vehículos esparcidos por todos los lugares de la tierra y un olor nauseabundo se extiende hacia los confines del universo, pero luego, casi de improviso, lentamente, ese olor insoportable va siendo sustituido por un perfume agradable, como a jazmín, y una sensación de alegría y gozo lo inunda todo. ¡Ah, si ese instante pudiese permanecer en la memoria

y en los sentidos eternamente; Sin embargo, todas las mañanas se repiten las mismas circunstancias y las dificultades, cada día mayores, que sufre al pasear le están arrastrando a un aislamiento forzado, de tal modo que cuando llega al final de su camino —el lugar que le ha reservado la organización nacional de ciegos para la venta de lotería frente al arco de San Juan, junto al antiguo y hoy desocupado edificio de Correos—, Luis experimenta un cierto alivio. Allí, no obstante, dentro de una caseta de reducidas dimensiones, pasa la mañana con una extraña sensación de agobio que le acompaña casi hasta el atardecer, porque no se le va de la cabeza la idea de que está encerrado en un ascensor, con la única diferencia de que la caseta no sube o baja, permanece tranquilamente asentada allí, frente al viejo edificio de Correos. Sus antiguas amistades han desaparecido casi en su totalidad, quizá han abandonado el centro de la ciudad y deambulan por otros lugares. Su trabajo es mecánico y aburrido, aunque muy a menudo se consuela pensando que, con total seguridad, esa característica tan peculiar se puede aplicar a cualquier esfuerzo desarrollado por el ser humano para ganarse el pan de cada día. Eso explica —esto es algo que tiene asimilado Luis Cerezo— la enorme cantidad de tedio y aburrimiento acumulado en el mundo y el escaso sentido del humor que tiene la gente. Y eso sí que consuela verdaderamente a Luis y le hace sentirse superior a la mayoría de los mortales, a pesar de su ceguera o quizá debido a ella: saber positivamente que el humor que ha pergeñado es fruto de su inteligencia y de su sabiduría y que, nadie (o muy pocos, que él sepa) ha logrado igualar esa habilidad que él posee como un don de la naturaleza.

Hacia las dos de la tarde el trabajo acaba. Luis Cerezo cierra la caseta e inicia el camino de retorno a casa, pero siempre introduce un ligero cambio en la ruta de mediodía: tras pasar Pintor Villacis y adentrarse en Isidoro de la Cierva tuerce hacia la Plaza de Cetina, y siguiendo por los Infantes alcanza definitivamente la calle Montijo. Es una pequeña variante que le permite pisar terreno diferente, como

se suele decir, aunque a decir verdad son tantos años pisando terreno diferente que siempre parece el mismo. En el trayecto, Luis imagina la comida que le habrá preparado Lucía, saluda aquí y allá a algún que otro viandante que le llama por su nombre, tropieza de vez en cuando con algún que otro vehículo mal aparcado y maldice interiormente a algún que otro cretino que le saluda entonando el típico «¡Qué buen tiempo hace hoy, Luis; Calor y más calor». Y después de toda esta rutina la llegada al apartamento se le antoja la entrada al paraíso, aunque luego (siempre lo piensa) recuerda que nunca ha estado en el paraíso. Y vuelve a sonreír. Las comidas solitarias son su especialidad. A mediodía y por la noche la escena se repite: un hombre frente a un plato, masticando comida, escuchando hasta el más mínimo ruido, en silencio. Algunas veces, sobre todo a mediodía, esta tónica se modifica cuando Lucía le acompaña porque ha decidido que tampoco quiere comer sola, pues la anciana también frecuenta las comidas solitarias desde que murió su marido y vive –sin compañía– en un viejo piso que perteneció a su familia, en la calle González Adalid. Son los mejores momentos para estas dos almas solitarias, si exceptuamos aquéllos en los que Luis, al atardecer, se sitúa frente a la ventana y empieza a recordar. Lucía se torna melancólica en las comidas y entonces habla no sólo de sus hijos, como hace por las mañanas, sino de su nieta Vada... ¡Oh, Vada!... Su nombre evoca los mejores auspicios para el ciego. Es su única esperanza. Vada tiene doce años y vive con sus padres en un pequeño pueblo de la provincia de Almería. Luis Cerezo espera con ansiedad el momento de poder hablar con ella, de reconocer su voz, y ese momento parece cercano porque Lucía le repite machaconamente todos los días la alegría que siente por la llegada en breve de su nieta a Murcia. Esa idea –no sabría decir por qué razón– reconforta al ciego y le hace concebir futuros instantes de felicidad mientras escucha a Lucía que no para de ensalzar las buenas notas que saca Vada en el colegio. La voz de la anciana tiene una larga prolongación tras la comida con la lectura en voz

alta del periódico, mientras Luis sestea o cabecea en el sofá, frente al televisor apagado. La retirada de la asistente se produce sobre las seis de la tarde, después de colocar un café con galletas sobre la mesa y dejar preparada la cena. Lucía se marcha con un simple y seco «hasta mañana» y, luego, el ciego se levanta del sofá, coge el café –nunca las galletas, que quedan en la mesa hasta la mañana siguiente– y se dirige a una silla situada junto a uno de los dos balcones de que dispone el apartamento. Allí, sentado frente a una ventana, en tanto se despliega el atardecer, Luis recuerda. Y entre otras cosas piensa que quizá lo único que le queda, si exceptuamos a la anciana Lucía, son recuerdos de una vida pasada. Por eso, cuando por la noche cena en soledad y, más tarde, cuando se acuesta –mientras reposa en la cama–, una especie de vacío se apodera de sus entrañas, porque no está Lucía ocupando el espacio con su voz y su presencia y, sobre todo, porque su mente está desgastada después del esfuerzo que ha supuesto sacar a la luz todos sus recuerdos. Así pues, hacia las ocho de la tarde, como es usual, cuando se dispone a tomar la frugal cena que le ha dejado preparada su asistente, Luis Cerezo siente que no tiene nada que decir, pensar o recordar, incluso siente que no siente nada, lo cual le lleva a un estado de absoluta inanidad. Es como si el mundo se hubiese desvanecido a su alrededor llevándose consigo toda la materia y dejando a Luis en el centro del universo en una especie de ingravidez, flotando en el aire, sin existencia. En ese estado permanece durante un tiempo que, lógicamente, no sabría precisar, hasta que suena el despertador a las ocho de la mañana siguiente.

Entretanto, la barbarie, el horror y la violencia siguen haciendo estragos en Colombia. Más de 3000 personas se encuentran todavía secuestradas en Colombia, bien en manos de las FARC, del Ejército de Liberación Nacional, de los paramilitares o de la delincuencia común. Es viernes, 6 de julio de 2007.



Dorotea Pinedo camina por las estrechas calles del centro de Murcia y sabe que es observada por determinado tipo de gente que impregna su mirada de evidentes aires de superioridad, aunque en ocasiones –muy pocas– también percibe en los ojos de algún viandante una tierna expresión de lástima, o lo que es lo mismo, pequeños detalles que demuestran en el género humano cierto grado de compasión. Se ha acostado tarde, muy tarde, haciendo lo que todas las noches hace, pero eso es algo que no quiere recordar. La mañana de verano luce soleada, como de costumbre, el calor aprieta y siente que le falta el aliento. Camina deprisa porque ha quedado con el empleado de una inmobiliaria para alquilar un pequeño apartamento en el número 7 de la calle Montijo. Esa mañana se ha levantado, pues, más temprano de lo que suele ser habitual en ella. Son las doce del mediodía, un momento en el desarrollo de la jornada diaria que Dorotea aprovecha normalmente para permanecer todavía en la cama incubando un complejo proceso de olvido. Es algo que tiene mecanizado y que le permite sobrevivir. Por eso, cuando abre los ojos hacia las dos de la tarde, justo a la hora de comer, sabe que su memoria está vacía de recuerdos, como si la noche anterior no hubiese ocurrido nada, como si todas las noches no aconteciese nada digno de mención. Pero hoy son las doce del mediodía y Dorotea Pinedo, de forma desacostumbrada, camina con decisión porque llega tarde a su cita. Atraviesa la Plaza de Santa Catalina y tras cruzar la Gran Vía llega a Platería. En la esquina que cruza con la plaza de San Bartolomé hay dos jóvenes de unos quince años que la miran mientras sonrían con cierto descaro. Dorotea cono-

ce el significado de esa sonrisa. Su vestido –ceñido, ajustado, con una suerte de camisa blanca– apenas marca unos senos casi desaparecidos y los pantalones vaqueros realzan sus enflaquecidas piernas y su casi inexistente trasero. Pesa poco más de cincuenta kilos. Su rostro ha perdido por completo la frescura y está atravesado por arrugas a pesar de que no ha cumplido todavía los cuarenta años. Sus mofletes antaño sonrosados también han desaparecido, pero cuando se observan de cerca sus ojos se comprende al instante que Dorotea Pinedo fue en su momento una mujer ciertamente bella. Su sonrisa, por lo demás, sigue siendo angelical. Quizá podría pensar en estas cosas cuando ve a esos dos jóvenes sonriendo, pero Dorotea se ha vuelto insensible a esas miradas y esas sonrisas. Ahora que atraviesa la calle San Cristóbal y pasa a Salvador Rueda sólo piensa en la misteriosa razón que le conduce a la calle Montijo. Allí está su pasado más reciente, anterior a eso que hace ahora y que no quiere recordar durante el día. Allí trabajó en una editorial durante algunos años. Y un buen día ocurrió una desgracia que tampoco quiere recordar. Pero acaso, se pregunta ella algunas veces, se puede olvidar la pérdida de un hijo. Desde aquella fatídica fecha de la muerte de Andrés en 1996, cuando tan sólo tenía diez años, Dorotea ha repetido diariamente un ritual de dolor y sufrimiento sin fin que se hace muy evidente hacia las diez de la noche, después de cenar. De ahí que cuando llega esa hora, pasados los primeros instantes de angustia, Dorotea sale rápidamente de casa y se dirige con premura hacia el lugar donde hace eso que todas las noches hace.

Muy a menudo, por la tarde, Dorotea pasea por la calle Montijo. Ese espacio es su último reducto de felicidad. Cada vez que recorre la estrecha calle tiene la sensación de recuperar el pasado, de dominar el tiempo. ¡Lástima que esa sensación tan extraordinaria dure sólo unos minutos! Luego, cuando abandona ese último reducto de felicidad, la rutina y el tedio se apoderan de ella. Muy a menudo, por la tarde también, piensa en su antiguo jefe, en Luis Cerezo, el desinteresado editor

que le ofreció trabajo cuando ella era tan sólo una madre soltera que buscaba empleo, obligada como estaba por la necesidad imperiosa de educar a su hijo sin la ayuda de nadie. Sí, piensa en su antiguo jefe, en Luis Cerezo, porque cuando su hijo murió en tristes circunstancias, en 1996, atropellado por un coche conducido por un desalmado, fue la única persona que permaneció a su lado. Quizá sea ésa, a fin de cuentas, la razón por la cual ha decidido trasladarse definitivamente allí, a la calle Montijo. Por eso, cuando por la tarde pasea por la estrecha calle y ve el número 11 encima de una puerta que le trae emotivos recuerdos, mira hacia arriba, hacia los dos balcones que dominan el espacio. Ella no sabe todavía que, normalmente, cuando pasa por allí hacia el atardecer, Luis Cerezo está al otro lado de la ventana de uno de los balcones, en el apartamento donde ella trabajaba, y no sabe todavía que hacia esa hora él suele recordar y, al volcarse hacia el pasado, a veces la encuentra a ella, a Dorotea, tal como era antes de perder a su hijo, antes de iniciar un camino de autodestrucción, antes de ir cayendo cada vez más bajo, antes de hacer eso que ahora todas las noches hace.

Muchos años han pasado desde que Dorotea Pinedo vio por última vez a Luis Cerezo. No sabe que se ha quedado ciego y, algunas veces, conmovida por ciertas sensaciones, se ha dejado llevar por la tentación de comprobar qué ocurre tras aquellos dos balcones del número 11 de la calle Montijo, pero esa tentación sólo dura, siempre, unos instantes de vacilación, porque enseguida le vienen a la memoria esos momentos en los que se contempla en el espejo y observa su demarcada figura, esos momentos en los que se acentúa el ansia de abandonarlo todo y le asaltan ideas extrañas. Así que, tras unos instantes de vacilación, Dorotea abandona la calle Montijo y continúa su paseo vespertino, de tal modo que mientras Luis recorre por la mañana siempre los mismos parajes, Dorotea, por la tarde, camina por los mismos senderos desde Jiménez de Baeza hasta la calle Montijo. Hoy,

han pasado ya las doce del mediodía y Dorotea llega tarde a su encuentro con el empleado de la inmobiliaria, que le espera en la puerta del número 7 de la calle Montijo esbozando una sonrisa. Dorotea piensa rápidamente: «Éste es de los que sonríen». Pero no dice nada. Acompaña al joven empleado, que luce chaqueta y corbata, en el ascensor y, luego, en el recorrido a través del pequeño apartamento. Todo está decidido. Dorotea firma los papeles del contrato de arrendamiento en la agencia. Antes de salir de la oficina mira hacia atrás y observa al joven empleado de chaqueta y corbata. Está apoyado en la mesa y una sonrisa asoma nuevamente en sus labios. En voz baja susurra a otro empleado la palabra oculta, impronunciable.

Entretanto, comandos especiales del ejército de Pakistán asaltan a sangre y fuego la Mezquita Roja de Islamabad, con el resultado de decenas de muertos. El ataque se produce una semana después de iniciada una revuelta de fundamentalistas islámicos y tras fracasar varios intentos de negociación. La cruzada de los radicales islamistas pone en serios apuros al presidente Pervez Musharraf. El gobierno ha declarado el estado de máxima alerta en todo el país. Es miércoles, 11 de julio de 2007.

Por primera vez en muchos años Luis Cerezo se asoma a la ventana. El tiempo es apacible, como corresponde a la época estival. Un cierto bochorno se palpa en el aire a pesar de que está a punto de anochecer. Luis aspira ese aire viciado y apoya sus manos sobre la barandilla del balcón. Se dispone a culminar una idea que anda meditando desde hace tiempo, una idea que le ronda por la cabeza desde que dejó de contemplar el cielo. Sus asuntos han quedado en orden. La casa y todas sus pertenencias pasarán a manos de la anciana Lucía. No ha dejado ninguna nota aclaratoria. Y ahora, cuanto todo está a punto, cuando llega el momento de la verdad, Luis Cerezo piensa en las cosas que han acaecido desde que en el año 1993 encontró una caja de cartón –en el mismo balcón en el que ahora se encuentra a punto de hacer eso que lleva meditando desde hace tiempo– con un sucinto manuscrito –por llamarlo de alguna forma– en el que se contaban detalles de la vida de César Cerezo, su padre. Es curioso cómo todo parece moverse en círculos concéntricos cada vez más estrechos, porque ahora, catorce años después, Luis vuelve a salir al mismo balcón y si, en aquella ocasión de 1993, el manuscrito que hablaba de su padre le sirvió para reconocerse a sí mismo, para iniciar una nueva vida, ahora ya no quedan esperanzas para la regeneración. El manuscrito, ese conjunto de hojas amarillentas halladas en una caja de cartón, reposa en estos momentos –junto a cientos de libros, restos y fragmentos de un pasado vinculado a la editorial– en el lugar que Luis eligió hace años: una gran sala habilitada como almacén. Allí, en esa sala, cerrada desde que dejó de contemplar el cielo, habita una



parte de su pasado enclaustrado en los márgenes de las letras. Nadie ha entrado allí desde entonces. Y Luis piensa que quizá sea mejor así. La memoria, selectiva como es, ya ha realizado su trabajo de limpieza, ya ha seleccionado fragmentos del pasado, y Luis Cerezo no quiere añadir más. Además de ese manuscrito de hojas amarillentas, en el mismo anaquel descansa un manojo de papeles que una anciana que respondía al nombre de Ester le entregó en Tarragona, en 1993. Esos papeles se pudren —a pesar de que son también retazos de su pasado—, y Luis Cerezo sólo puede recordar —aunque muy bien y constantemente— el encabezamiento del primer folio, el título que la anciana Ester —porque era ella quien había escrito esas páginas— concedía a esos papeles: *Bajo el arco en ruina*. Ese nombre melancólico y decadente todavía hoy resuena en la memoria del ciego editor (tal como le gusta llamarse a sí mismo), pero Luis Cerezo jamás ha leído el libro —por llamarlo de alguna forma— porque cuando volvió de Tarragona, en 1993, depositó los papeles en un anaquel diciendo adiós al pasado, a ese pasado.

Y ahora, por primera vez en muchos años, Luis Cerezo se asoma a la ventana y apoya sus manos sobre la barandilla del balcón. Se dispone a dar el gran salto. Vuelve a aspirar el aire viciado, estival. La calle está solitaria. Ha llegado el último momento, el definitivo. Luis Cerezo sonríe, piensa que su caída no va a resultar muy ortodoxa. Entonces le viene a la memoria la pérdida de la visión, la última luz cegadora, el color azulado intenso de la paleta de un cuadro de Patinir. Imagina que el cielo, en esos momentos, es de un color entre azul oscuro y negro. Pero enseguida se superpone el azul intenso del cuadro de Patinir. Hay un barquero que cruza un lago, un paisaje y figuras muy diminutas, pero todo se difumina. Luis Cerezo sólo imagina ya el azul intenso del cielo, y, de pronto, como por ensalmo, el rostro de una mujer surge sobre el azul, confundándose, yuxtaponiéndose, mezclándose, formando un todo inextricable, y entonces el ciego edi-

tor susurra un nombre de mujer, se propulsa ligeramente hacia delante al tiempo que un sonido horroroso rompe el clímax. El timbre de la puerta de entrada suena con fuerza. Luis Cerezo se queda quieto, expectante, con la pierna derecha en alto, casi rozando la barandilla y formando un esforzado escorzo. Necesita unos instantes para reflexionar sobre lo que está ocurriendo. Es como si alguien hubiese venido a interrumpir un ritual sagrado cometiendo una suerte de sacrilegio. Decide esperar. El timbre vuelve a sonar con intensidad. Finalmente abandona su esforzado escorzo, deja el balcón, atraviesa la sala principal del apartamento y tras recorrer el vestíbulo se acerca a la entrada. En ese momento se oye al otro lado de la puerta la voz potente y ronca de Lucía: «He salido de casa sin llaves. Le traigo una sorpresa. ¿Me oye?». Luis abre la puerta sin responder a la anciana. Entonces sucede el milagro de la vida. El ciego percibe una leve respiración. «¿Quién está a su lado?», pregunta Luis a la anciana, aunque imagina quién puede ser el poseedor de esa leve respiración. «Es Vada, mi nieta». El ciego siente un estremecimiento que le recorre el cuerpo. «Vada, Vada, Vada». Luis repite interiormente el nombre varias veces. Luego, casi por inercia, alza su mano derecha y la deja suspendida. Lucía hace intención de coger esa mano pero es Vada, la niña de doce años, quien hace el gesto definitivo, ese gesto que define la humanidad, la dignidad en las personas. Vada toca la fina mano de Luis y la lleva con ligereza hasta su rostro. El ciego comprueba entonces que la niña tiene un rostro agradable, ovalado, suave como la porcelana, los cabellos largos, caídos sobre los hombros, y la frente firme. «Mis ojos son negros», pronuncia con voz dulce la niña. «Negros», piensa el ciego, mientras recrea la deliciosa figura de Vada. Efectivamente, el milagro de la vida sucede de nuevo. ¡Vada, oh, Vada! Y la idea que andaba meditando desde hace tiempo, esa idea que le rondaba por la cabeza desde que dejó de contemplar el cielo ha desaparecido por completo de su mente. Ha sido sustituida por un nombre, Vada, por una ilusión.

Entretanto, las operaciones aéreas que la OTAN dirige en Afganistán causan la muerte de 27 civiles en la provincia de Kunar, en el este del país. Entre los fallecidos se encuentran cuatro voluntarios afganos de Médicos Sin Fronteras. Es jueves, 12 de julio de 2007.

Dorotea Pinedo ha tomado una decisión. Desde las cuatro de la tarde está en la boca subterránea de entrada a «El Albero», un local de copas situado frente al número 11 de la calle Montijo. La idea le ha asaltado en el duermevela, ya de madrugada, después de hacer eso que todas las noches hace. Ha pensado que es mejor así, terminar cuanto antes con todas las dudas. Dorotea Pinedo desea saber, ya no puede esperar más tiempo. Quizá porque tiempo es lo que le falta. Ya no valen los paseos, las premoniciones, las esperanzas, los deseos, las flaquezas, las posibilidades. Dorotea está cansada y busca la realidad. Por eso ha decidido permanecer allí, frente al número 11 de la calle Montijo, mientras sus ojos observan atentamente, desde hace tres horas, la puerta de entrada al edificio, esperando que en cualquier momento la figura del ciego editor —aunque Dorotea todavía no sabe que está ciego— cobre vida frente a ella, y cada vez que oye el gemido de la dichosa puerta siente un vuelco en el corazón. Sí, Dorotea Pinedo desea saber si Luis Cerezo vive y trabaja allí, desea saber qué ha pasado con su vida. No ha pensado en nada más, porque en el fondo siente miedo y vergüenza. Cierto es que hoy, precisamente, se ha arreglado frente al espejo más de lo que suele ser normal en ella. Ha tratado de adecentarse. Se ha vestido con sus mejores galas, pero hay cosas que son inevitables. ¿Acaso se pueden transformar las huellas del dolor reflejadas en el rostro? ¿Acaso se puede mejorar el aspecto de un cuerpo y unas piernas enflaquecidos? ¿Acaso se puede recuperar el tiempo? A menudo pensamos, aunque sólo sea durante un breve instante, que la vida vuelve a ser tal como la imaginamos —porque es así

como ocurre— en tiempos pasados y continuamente recreamos esa imagen que nos hemos formado, pero, aunque, deliciosamente, la memoria nos concede su gracia en un breve fulgor, lo único cierto y seguro es que la realidad termina imponiéndose y el presente lo domina todo.

Dorotea consulta su reloj y luego hace una mueca con la nariz. Son las siete de la tarde, el calor es sofocante y no da la impresión de que vaya a remitir en horas. Con la mano derecha se toca el cuerpo y siente con fuerza los latidos de su corazón. Una mezcla de zozobra y ansiedad le domina. Espera el momento del reencuentro con su pasado y miles de imágenes se cruzan por su mente. Saca un pañuelo floreado de la falda azul que se ha colocado para la ocasión y se toca la frente mientras agacha ligeramente la cabeza y cierra los ojos. Es un gesto que suele realizar para atemperar los nervios en situaciones difíciles. De pronto, se oye de nuevo el gemido de la puerta. Ella levanta la cabeza lentamente y abre los ojos. El pañuelo floreado queda suspendido en el aire. Dorotea tiene una premonición. Sus ojos se quedan fijos, mirando hacia la puerta de entrada del número 11 de la calle. Un hombre extremadamente delgado, vestido con una camisa de color azul claro y unos pantalones de tergal, sale a la calle acompañado de una niña de cuerpo pequeño y piernas finísimas, como palillos. Dorotea se fija enseguida en las gafas negras y el bastón que lleva el hombre. La niña va cogida de la mano del ciego. Un estremecimiento recorre el cuerpo de Dorotea. Se ha dado cuenta de que es él, Luis Cerezo. ¡Y está ciego! Durante unos instantes que parecen eternos, Dorotea se queda quieta, frente a ellos —pues, sin darse cuenta, ha salido del cubículo que ocupaba en la boca de entrada a «El Albero» y está en plena calle—, ante la mirada atenta de Vada, que contempla con cierta curiosidad a esa mujer que se ha colocado allí, delante de ellos, y parece observarlos con cierto aturdimiento. Vada no dice nada. Dorotea no dice nada. Luis Cerezo parece intuir que algo

ocurre pero tampoco dice nada. La calle está completamente desierta. El silencio se ha apoderado del mundo mientras las conciencias galopan febrilmente, imaginando. Entonces se oye la voz del ciego: «Vada, adelante». Vada lanza una última mirada a Dorotea, un gesto que encierra comprensión y compasión. El ciego y la niña empiezan a caminar hacia el fondo de la calle. Son dos siluetas que se difuminan en la mente de Dorotea formando una sola imagen, como si no existiese distinción alguna entre esos dos cuerpos, como si formasen una esencia única. Así los ve Dorotea, que permanece inmóvil, en medio de la calle, sin capacidad de respuesta, anclada en el vacío, con la falda azul que se ha colocado para la ocasión y su pañuelo floreado todavía suspendido en el aire, debatiéndose entre el gesto y la sorpresa. El ciego editor y la niña doblan la calle y desaparecen del campo de visión, pero Dorotea sigue sin moverse, detenida en el tiempo y en el espacio. Es una estatua en el silencio de la tarde veraniega. No sigue los pasos de Luis Cerezo y, cuando se encamina hacia el apartamento que ha alquilado en esa misma calle por la que ahora transita, su mente oscila entre la dulzura del gesto y el impacto de la sorpresa. Y luego piensa que quizá esos dos elementos están unidos, que existe alguna misteriosa conexión entre la mirada de la niña y la ceguera de Luis. Y luego piensa que quizá ha llegado el momento de replegar las velas para siempre, pero no le quedan fuerzas ni siquiera para eso. Cuando entra en su apartamento se tumba en la cama y llora su desgracia. Entonces le viene a la memoria aquel fatídico día que no quiere recordar. Ve a su hijo Andrés, de diez años, tumbado sobre la Gran Vía, el cuerpo destrozado, irreconocible. El coche que ha atropellado al muchacho se ha empotrado en una parada de autobuses urbanos, pero Dorotea no ve el vehículo. Sólo tiene ojos para su hijo, que está allí, sobre el asfalto, muerto, para siempre. Nunca más volverá a contemplar su rostro, ni tocará sus manos, ni besará sus mejillas. Nunca más volverá a sonreír. Tumbada en la cama, Dorotea lanza un grito des-

garrador. Su voz resuena en todo el edificio, como un lamento prolongado en el atardecer, hasta el infinito. Sus palabras no dejan lugar a dudas. ¡«Dios, quiero morir»!

Entretanto, el ruinoso campo de refugiados palestinos de Naher el Bared, en el norte del Líbano, es escenario de cruentos enfrentamientos entre las tropas del ejército libanés y las milicias del pequeño grupo yihadista Fatah al Islam. Los combates empezaron el 20 de mayo y es la primera vez que el ejército libanés se apodera de un campo de refugiados palestinos desde 1969, cuando una ley prohibió el acceso a las tropas del Líbano. Desde el inicio del conflicto han muerto 222 personas entre soldados, milicianos y civiles, un número seguramente inexacto teniendo en cuenta los cadáveres que se encuentran entre las ruinas de los edificios. Naher el Bared, situada en el litoral mediterráneo, está al norte de Trípoli. La mayor parte de la población de la ciudad ha huido al cercano campo de Badaui. Es lunes, 16 de julio de 2007.

La vida ofrece giros inesperados. Un día caminas al borde del abismo y al día siguiente aleteas como un pájaro porque te embriaga la felicidad. Pero nada de esto es cierto y verdadero. Son tan sólo sensaciones que experimentamos brevemente porque, reconozcámoslo así, el tono general que nos envuelve, aquél que nos ofrece la vida, está marcado por la indiferencia, la abulia y el aburrimiento. Sentado frente a una ventana de su apartamento, Luis Cerezo piensa en estas cosas y sabe que a su lado está Vada. Hace tan sólo unos días Luis estaba asomado al balcón de esa ventana, tenía la pierna derecha en alto, casi rozando la barandilla y formando un esforzado escorzo. Estaba preparado para el gran salto. Ahora la situación ha cambiado. Siente que ya no es necesario hacer eso que tenía pensado. Una intuición —y Luis es un hombre de intuiciones— le induce a gozar de una cierta esperanza. «Quizá esté prolongando mi agonía», se dice a sí mismo, «pero debo disfrutar de estos momentos que se me ofrecen como una bendición del señor». A su lado, Vada lee en voz alta un libro. Luis no recuerda ni quiere recordar cuantos años han pasado desde que abandonó la lectura. Y ahora, de nuevo, como si de un milagro se tratase, los libros vuelven de la mano de Vada.

Por la mañana, mientras Luis pasaba el día en su lugar de trabajo —ese lugar que le ha reservado la organización nacional de ciegos para la venta de lotería frente al arco de San Juan—, Vada y su abuela Lucía se han acercado a la librería González Palencia. Vada ha tenido una idea: comprar un libro. Después de dar varias vueltas por el establecimiento —aunque en el caso de la pobre anciana Lucía más valdría

hablar de angustioso recorrido por un laberinto—, Vada se ha fijado en un rostro. En la portada de un libro de la editorial «El Acantilado» un hombre anciano de barba poblada y larga parece mirar de forma fija y penetrante hacia los futuros lectores. Su nombre es Lev Tolstoi. El libro en cuestión es una edición de los *Diarios (1847-1894)*, que cubre una parte importante de la vida del autor, aunque no toda, por lo que es de esperar que la edición se prolongue con un segundo volumen. Vada no lo duda y llama a su perdida abuela. Ahora, por la tarde, tiene el libro en su regazo y lee con gran naturalidad al ciego editor. Tras casi dos horas de lectura continua, Luis dice a Vada que pare un momento. La niña observa al ciego, que parece meditar sobre el último párrafo. Vada coge el libro y vuelve a hacer una lectura —ahora silenciosa— de las palabras del maestro: «...No se debe decir que la vida es sufrimiento, o que la muerte es una bendición que nos aparta de todas las penas. Esto no es un consuelo cuando se pierde a los seres queridos, ni una lección de moral. Estar de acuerdo con esto es imposible si no se está en la desesperación, y la desesperación es la debilidad de la fe y de la esperanza en Dios. Como lección de moral este pensamiento es demasiado doloroso para el alma joven, y puede hacer vacilar la fe en la virtud. Cuando un hombre pierde al ser que más amaba puede amar a otro; si no, es porque su orgullo es demasiado grande. El principio del mal está en el alma de cada uno». Vada cierra el libro. Entonces llega la pregunta que Luis está esperando desde hace días, desde que conoció a la niña.

—¿Por qué hay una habitación cerrada?

—Guardo libros. Los restos de mi biblioteca y de la editorial —responde Luis al tiempo que esboza una sonrisa preguntándose si acaso la niña entenderá qué es una editorial.

—¿Y eso qué significa?

—Pues que son restos de mi antiguo trabajo, cuando publicaba libros que otras personas escribían.

–Ya, pero por qué está la habitación cerrada.

Luis Cerezo se toma un tiempo. «Es lista la muy condenada –piensa el ciego–. No es curiosidad, es algo más. Quiere llegar al fondo de las cosas». Luis Cerezo no es partidario de explicaciones y justificaciones. Sin embargo, una especie de sutil fuerza interior le impulsa a conversar con la inocente Vada.

–Hace años que está cerrada –dice el ciego–. Fue poco antes de perder la vista. Decidí que era el momento adecuado porque coincidían dos cosas a la vez. El negocio no funcionaba y me iba a quedar ciego.

–¿Y alguna vez ha escrito un libro? –pregunta Vada saltando rápidamente de un tema a otro y hurgando en la llaga.

–Palabras sin importancia, tonterías que cualquiera puede escribir. Así que un día decidí quemarlo todo –responde Luis sin contar toda la verdad a la niña–. Por cierto, te he dicho muchas veces que no es necesario que me hables de usted.

–Siempre se me olvida. Es la costumbre.

–Pues terminemos de una vez con esa costumbre. Ya llevamos varios días juntos y existe suficiente confianza entre nosotros. Si estuviese aquí tu abuela te diría exactamente lo mismo.

–¿Quieres que siga leyendo? –pregunta la niña dirigiéndose en un tono diferente a Luis.

–No es necesario –contesta el ciego mientras sonrío al comprobar que Vada le sigue la corriente–. Por hoy ya tenemos suficiente. Vamos a prepararnos para salir.

–¿Y trabajaba mucha gente aquí? La casa es un poco pequeña –comenta la niña, que vuelve nuevamente a dar un giro a la conversación.

–Con esta sala grande y la habitación que permanece cerrada había espacio suficiente. Sólo tenía tres empleados.

Se hace el silencio. Vada mira al ciego y comprende que algo pasa por su cabeza. Supone que Luis está pensando en las personas